

## REVOLUCIÓN Y EXILIO: CUBANOS EN MÉXICO (1902-1958)

---

Caridad Massón Sena

### *Resumen*

Entre 1902 y 1958, México se convirtió en un lugar de refugio para los revolucionarios cubanos que huían de la persecución de los regímenes dictatoriales de Gerardo Machado y Fulgencio Batista. El presente trabajo abordará las motivaciones y circunstancias por las cuales México fue uno de los países con mayor presencia de exiliados políticos cubanos en nuestro continente.

### *Palabras clave*

Revolución, dictadura, exilio político, represión.

*La justicia, la igualdad del mérito,  
el trato respetuoso del hombre,  
la igualdad plena del derecho: eso es la revolución.*

JOSÉ MARTÍ, *Obras completas*, 1894.

Durante el siglo XX, se produjeron en Cuba dos importantes revoluciones: una en la década de los treinta y otra en la de los cincuenta. Ellas fueron consecuencia de la situación crítica que vivía el pueblo cubano en los planos económico, político, social y de la existencia de fuertes regímenes dictatoriales (las tiranías de Gerardo Machado y Fulgencio Batista, respectivamente). La represión, el acoso, los asesinatos de líderes revolucionarios, sindicales y opositores de cualquier tendencia política fueron el *modus operandi* de esos gobiernos. Es por eso que muchas personas que veían en peligro sus vidas decidían irse a vivir definitivamente al exilio o buscar protección por un tiempo en otras tierras, para luego regresar a la Isla y continuar la lucha, que, en muchos casos, era organizada desde el país que las acogía.

Me parece muy atinada la definición de exilio expresada por la investigadora argentina Esther Iglesias cuando nos dice que

exilio es una decisión forzada de abandonar el país de origen que, en un primer momento, se visualiza única y exclusivamente como posibilidad de mantenerse físicamente con vida. Es la decisión que se toma después de un largo deambular entre el miedo y la posibilidad de hablar y expresar las ideas.<sup>1</sup>

Según el investigador mexicano Carlos Véjar, de todos los rincones del mundo han llegado exiliados a su nación y “algunos de los momentos más luminosos de la historia patria y de la política exterior mexicana se han escrito en ese campo” —afirma—, pues aunque no se caracterizó por ser un país de inmigraciones masivas, “siempre se ha significado por ser una tierra receptora de exiliados”.<sup>2</sup>

Pero la acogida de refugiados políticos no sólo depende de los gobiernos que decidan extenderles la mano, sino también de la perspectiva de los pueblos que socorren a esas personas. Y fue precisamente como efecto de la propia Revolución en México y de la nueva Constitución aprobada en 1917, defensora de importantes derechos humanos, que ese país se hizo más atractivo como posible lugar de asentamiento para los que buscaban resguardo.

En el siglo XIX numerosos cubanos vivieron, trabajaron y lucharon en México. Entre ellos hay que destacar a José María Heredia, Pedro Santacilia y José Martí. Ya en la centuria siguiente fue mucho más nutrida esa representación.

El que posteriormente sería afamado novelista, fue Carlos Loveira, a inicios de la República neocolonial se desempeñó como obrero ferroviario y sobresalió en las lides sindicales. A consecuencia de su actividad entre los trabajadores, fue acusado de la explosión de varias bombas en La Habana, detenido y juzgado. Su posición anticlerical lo llevó a protagonizar un incidente con dos sacerdotes, y, para evitar nuevos problemas, decidió marcharse a Yucatán en 1913. Allí el gobierno de Venustiano Carranza le confió la organización del Departamento del Trabajo del estado donde residía: también colaboró varios años en la redacción del periódico *La Voz de la Revolución*. Su labor fue muy reconocida entonces.

Por supuesto fue durante los periodos de regímenes dictatoriales en que más exiliados revolucionarios se fueron a México, y la mayoría

<sup>1</sup> Esther Iglesias Lesaga, “El exilio y la integración”, en Carlos Véjar Pérez-Rubio (coord.), *El exilio latinoamericano en México*, México, UNAM-CIICH y CIALC, 2010, p. 42.

<sup>2</sup> Carlos Véjar Pérez-Rubio, “Presentación”, en Véjar Pérez-Rubio, *op. cit.*, p. 10.

de ellos vivió en el Distrito Federal, el cual, como señala el historiador peruano-mexicano Ricardo Melgar Bao, fue “lugar privilegiado de su refugio, no fue ajeno a un reencantamiento utópico, salvo los locales donde se ubicaban las legaciones diplomáticas de sus países de procedencia”. E incluso, “el quehacer intelectual, político y cultural de los extranjeros en la Ciudad de México reactualizó cierto cosmopolitismo, al que se sumó el proyecto hispanoamericano y el movimiento bolivariano y antiimperialista”.<sup>3</sup>

Desde principios de la década de 1920, la experiencia revolucionaria mexicana se transformó en un faro que atrajo a los militantes de la izquierda latinoamericana —afirma el estudioso chileno Sebastián Rivera—. La reforma agraria, la postura antiimperialista, la apertura educacional, el marcado anticlericalismo y los respectivos esfuerzos propagandísticos fueron algunas de las temáticas que llamaron la atención de estos militantes. Al mismo tiempo, los gobiernos mexicanos del periodo entregaron apoyo directo a algunos de los exiliados del continente que buscaban un lugar desde donde continuar sus luchas antidictatoriales.<sup>4</sup>

En México, los cubanos se encontraron con una amplia gama de refugiados latinoamericanos durante las décadas de 1920 y 1930. Algunos ya habían residido un tiempo en la Isla, como los venezolanos Salvador de la Plaza, Carlos Aponte Hernández, los hermanos Eduardo y Gustavo Machado; así como los peruanos Jacobo Hurwitz, Magda Portal, Serafín Delmar y Esteban Pavletich; y el boliviano Tristán Marof, etc. La represión machadista impulsó al destierro a: los estudiantes Julio Antonio Mella, Manuel Cotoño y Leonardo Fernández Sánchez; a los dirigentes obreros Antonio Penichet, Alejandro Barreiro y Sandalio Junco; y al abogado Jorge A. Vivó, entre otros. Su estancia en México constituía no solamente una manera de salvar sus vidas, sino la esperanza de poder reconstruir sus fuerzas y continuar la lucha, por lo que muchos de los que provenían de las filas del comunismo cubano se incorporaron al Partido Comunista Mexicano (PCM). Para apoyarlo en su trabajo militante, se afiliaron a

<sup>3</sup> Ricardo Melgar Bao, *Vivir el exilio en la ciudad, 1928*, México, Sociedad Cooperativa del Taller Abierto [s.a.], pp. 47-48.

<sup>4</sup> Sebastián Rivera Mir, “Mujeres latinoamericanas exiliadas en México. Militancias y activismos de izquierda en la posrevolución (1926-1936)”, en: <http://www.pacarinadelsur.com/home/huellas-y-voces/1220-mujeres-latinoamericanas-exiliadas-en-mexico-militancias-y-activismo-de-izquierda-en-la-posrevolucion-1926-1936> (Consultado: 7 de diciembre de 2015)

la Liga Antiimperialista, y paralelamente fundaron la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC), que comenzó a trabajar por la unidad de los sectores opositores, e intentó a preparar una expedición armada para regresar a la Isla y reiniciar los combates. En esos trajines se encontraba Mella cuando fue asesinado en enero de 1929.

Precisamente en esa etapa comenzó el maximato en México, el cual se caracterizó por su conservadurismo económico y político. Durante el mismo el gobierno, presionado por Estados Unidos, rompió sus relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, reprimió al PCM y enfiló sus cañones hacia los emigrados revolucionarios, llegando a expulsar del país a un número importante de ellos.

Sin embargo, como también la situación política de la Isla se hizo más complicada, a partir de 1930, creció la comunidad de desterrados cubanos que cruzaron el golfo para establecerse en ese país. Dicha emigración fue muy heterogénea. A la misma se integró el conocido poeta y ensayista Juan Marinello, quien durante seis meses trabajó como profesor; colaboró en publicaciones periódicas, y redactó varios ensayos sobre José Martí y disímiles temas literarios. También lo hicieron los intelectuales José Antonio Fernández de Castro, Jorge Rojas, José Antonio Ramos, Ofelia Domínguez, Mirta y Sergio Aguirre; así como las hermanas Proenza, Teresa, Rita, Juana Luisa y Caridad, que fueron amenazadas directamente por el régimen por su actitud rebelde. Algunos miembros de este conjunto ayudaron a la repatriación de las cenizas de Mella en septiembre de 1933 y regresaron, pues Machado había huido del país.

No obstante, a principios de 1934 el coronel Fulgencio Batista dio un golpe de Estado, depuso al presidente Ramón Grau San Martín, e inmediatamente se impuso de nuevo un régimen de terror. Así, después del fracaso de la huelga de marzo de 1935 y de la muerte en combate del destacado revolucionario Antonio Guiteras, algunos de los antiguos exiliados retornaron a México, donde se incrementaba entonces la colectividad de expatriados con los opositores a la nueva dictadura, entre ellos Leonardo Fernández Sánchez, Juan Marinello, Emilio Laurent, Gerardo Castellanos, Aureliano Sánchez Arango, Calixta Guiteras y Alberto Ruz.

En 1937, Marinello, quien estaba integrado a la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, le contaba a un amigo sus experiencias:

[...] Fui a un mitin cultural de los ferrocarrileros, gente excelente conmigo. Ahora sí, y no la otra vez, estoy llegando al corazón verdadero de este pueblo. Estoy tan metido en él ya que yo mismo me sorprendo a veces hablando en los mítines y en las conferencias de “nuestros problemas”, “lo que necesita nuestra tierra mexicana es [...]”.[...] No todo es bueno aquí, no, y nosotros tenemos cosas en el espíritu y en la voluntad que estas gentes no tienen, pero hay en estas gentes una fuerza y un sentido de porvenir únicos en América [...] Hablo del pueblo mexicano, de las masas trabajadoras, de las que he recibido las más delicadas muestras de cariño, de la muchachada revolucionaria que cada día me emociona con su adhesión desinteresada.<sup>5</sup>

Mientras tanto la abogada Ofelia Domínguez trabajaba junto al general Francisco J. Mújica en tareas para la expropiación petrolera a las empresas extranjeras durante el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas y se incorporó al Comité de Ayuda al Niño Español y a la Unión de Revolucionarios Latinoamericanos.

Al mejorar las condiciones políticas de Cuba, Marinello regresó de su exilio en 1938 y ayudó a crear la Sociedad de Amigos del Pueblo Mexicano, presidida por Salvador Massip. De la misma manera, el pueblo cubano realizó numerosos mítines de respaldo a las medidas revolucionarias del cardenismo, colaboró con recursos financieros al pago de indemnizaciones a las empresas expropiadas y le demostró en múltiples oportunidades sus simpatías. En un acto público, el 12 de junio se oyeron las palabras de Cárdenas transmitidas por radio a los asistentes:

La afinidad heroica de nuestras luchas de independencia, las fuentes comunes de cultura, las tradiciones sociales análogas y las mismas ansias de liberación y de progreso de nuestros pueblos, unidas a nuestra inolvidable gratitud para los grandes amigos de Cuba que compartieron con nosotros horas de tragedia popular, y la simpatía espontánea que hoy brindan a la causa de la redención del proletariado mexicano y de la defensa de nuestra integridad nacional, reafirman la adhesión del gobierno y del pueblo de México al noble solar cubano.

[...] En lugar de fronteras de odio fomentemos una fuerte unión libre, a través de la solidaridad de todos los trabajadores y reprobemos desde

<sup>5</sup> “Carta de Juan Marinello a Manuel Navarro Luna”, México, 4 de abril de 1937, en Ana Suárez Díaz (comp.), *Cada tiempo trae una faena...*, t. II, La Habana, CIDCC Juan Marinello y Editorial José Martí, 2004, p. 559.

luego y sin reservas, el crimen expansionista de los enemigos de la libertad y de la soberanía de las naciones.<sup>6</sup>

Por esos días Ofelia Domínguez, junto a la esposa del presidente mexicano, recorría aquel agitado país en una campaña para recoger fondos y explicar el sentido nacionalista de la expropiación del petróleo. Ése era su segundo exilio en México, por lo cual participó con más conocimiento en múltiples debates de carácter interno; incluso presentó una ponencia en la que defendió el derecho de las mujeres a abortar, haciendo una crítica a las leyes y autoridades locales.<sup>7</sup>

El 10 de marzo de 1952, el senador Fulgencio Batista dio un nuevo golpe de Estado en Cuba y derrocó al presidente Carlos Prío. Inmediatamente comenzó una nueva ola migratoria hacia México, encabezada por el secretario de Estado Aureliano Sánchez Arango y miembros del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), como Rubén de León, Efraín Rafael Trejo, Ricardo Artigas. A los pocos días llegó Prío con Segundo Curtis, un antiguo miembro de su gabinete. Igual rumbo tomaron algunos de los participantes en el fracasado Movimiento Revolucionario Nacional de Rafael García Bárcena, en abril de 1953.

A raíz de los sucesos del 26 de julio de 1953, cuando un grupo de jóvenes liderados por el abogado Fidel Castro intentó asaltar los cuarteles de Bayamo y Santiago de Cuba, en el que cayeron prisioneros, el régimen llevó a juicio a varias decenas de militantes de diferentes organizaciones, bajo la acusación de ser autores intelectuales de los hechos. Por ese motivo varios miembros del Partido Socialista Popular (comunista) fueron juzgados. Al no poder demostrar su participación, fueron exonerados de cargos, pero las fuerzas represivas mantuvieron una fuerte persecución sobre ellos, por lo que tuvieron que irse al exilio Joaquín Ordoqui, Lázaro Peña y, nuevamente, Juan Marinello.

Numerosas personas comprometidas con el proceso revolucionario marcharon también a la nación mexicana en esa época, como: Léster Rodríguez, Salvador Vilaseca y Raúl Roa. Este último se dedicó a impartir clases en la Academia de Ciencias y Artes y en la Universidad de San Luis Potosí. Además, dirigió la revista latinoamericana *Humanismo*. Sobre los sentimientos que esa estancia le generó, escribió

<sup>6</sup> "Mensaje al pueblo de Cuba de Lázaro Cárdenas", 12 de junio de 1938, en *México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia*, t. II, México, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, 1982, pp. 244-246. Ver n. 9

<sup>7</sup> Rivera Mir, *op. cit.*

Roa: “[...] Ningún cubano ha sido jamás extranjero en México. Se le recibe con simpatía y calor y, al calor y la simpatía, se aúnan el respeto y la ayuda si lo trajo a sus costas la pasión por la libertad”.<sup>8</sup>

En esa década de los cincuenta México era un verdadero hervidero de revolucionarios de todo el mundo; venezolanos, peruanos, guatemaltecos, puertorriqueños, norteamericanos, españoles, judíos, compartían los sentimientos contradictorios de los expatriados y se asociaban por diferentes causas políticas. De ese modo, unos cuantos cubanos fundaron un club de tradición martiana, al cual pertenecieron: Eva y Graciela Jiménez, Manuel Carbonell, Elio Pardo, Lidia Margolles, Melba Hernández, etcétera.<sup>9</sup>

Por esa época también algunos comunistas exiliados (Joaquín Ordoqui, Edith García Buchaca, Lázaro Peña, José Morera y Nicolás Guillén) intercambiaban con sus homólogos mexicanos, intelectuales de izquierda y militares seguidores del expresidente Cárdenas, sus inquietudes sobre el futuro de Cuba y las posibilidades de lucha. Varias autoridades federales y agentes policiales velaban sus pasos, o no se daban por enterados de las presiones que sobre ellos ejercieron elementos del batistato, expresamente enviados para atemorizarlos. Esas presiones orillaron a Joaquín Ordoqui y a Edith García Buchaca a irse a Europa por un tiempo, pero regresaron de nuevo en la capital federal a fines de 1956, pensando en una posible entrada a Cuba para incorporarse a la lucha contra el régimen.

Por su parte, los inculpatos en el juicio del Cuartel Moncada fueron a cumplir su condena a la Isla de Pinos hasta junio de 1955, fecha en que recibieron amnistía política, pero al salir a la calle continuaron fuertemente vigilados por el régimen. Sus principales dirigentes, temerosos de volver a caer en prisión o de ser asesinados, se fueron a México; el 7 de julio el joven Fidel Castro llegó a Mérida, en donde inició los preparativos para una expedición armada que le permitiera reiniciar los combates. México podía ser el país más conveniente para los objetivos de su causa. Según Hugo Campa, Fidel había escogido el lugar por su cercanía geográfica y cultural, por tener éste un gobierno estable emanado de una revolución y el “más radical que hasta entonces se viviera en la región”, asilo de perseguidos políticos de

<sup>8</sup> Raúl Roa, *México de mi destierro*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1990.

<sup>9</sup> Mario Mencía, “La insurrección cubana y su tránsito por México”, en *México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia*, México, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, 1982.

América Latina y con una política exterior basada en la solidaridad con las causas democráticas. Campa también opina que al dirigente lo impresionaron mucho la hospitalidad y el nacionalismo de los mexicanos, su orgullo por la Revolución y su sentimiento de hostilidad hacia Estados Unidos, al tiempo que descubría la gran paradoja existente, a pesar de todo lo que había hecho la Revolución mexicana, la mayoría de la gente subsistía en condiciones miserables.<sup>10</sup>

En sus esfuerzos de trabajo clandestino Castro encontró manos amigas, como las de la cubana María Antonia González y su esposo mexicano, las cuales fueron de gran ayuda para establecerse con sus compañeros en la capital.

El 5 de octubre, ante la estatua de Martí en un acto revolucionario Fidel Castro exhortó a los ahí reunidos –Juan Manuel Márquez, Calixto García, Jesús Montané, Melba Hernández y el argentino Ernesto Guevara– a no amilanarse. En la imprenta del mexicano Arsacio Vaneegas se reprodujeron varios documentos importantes del Movimiento 26 de Julio<sup>11</sup>, y se hicieron prácticas de tiro dirigidas por Alberto Bayo un antiguo militar cubano-español. Antonio del Conde, un norteamericano de origen mexicano, los ayudó en el aprovisionamiento de armas y la búsqueda del yate en que harían la travesía marítima. Numerosas personas sencillas simpatizaron con la causa y dieron su aporte de distintas maneras, e, incluso, el estudiante Alfonso Guillén Celaya vino en aquella expedición. Este muchacho dijo en un acto celebrado el 26 de julio de 1956, en Veracruz, lo siguiente:

[...] siento que palpita mi corazón como los corazones de los aquí presentes, como cubanos que son ustedes y que me siento yo, esperando la hora del cumplimiento del deber, para como un solo hombre conquistar la libertad perdida o morir en el empeño. Hoy, más que mexicano doy un viva a Cuba Libre, mi patria adoptiva que honrará a mi sangre al tomarme en su seno [...]. Estoy dispuesto, como luchador por las libertades, a dar mi joven vida por ese ideal sagrado que llaman mis hermanos cubanos ¡Cuba libre o independiente!<sup>12</sup>

<sup>10</sup> Homero Campa, “Fidel Castro y la aventura mexicana” en <http://www.proceso.com.mx/?p=303846> (Consultado: 7 de diciembre de 2015).

<sup>11</sup> Movimiento 26 de Julio fue la denominación que adoptó el proyecto revolucionario armado, dirigido por Fidel Castro luego de su salida de la prisión en mayo de 1955.

<sup>12</sup> M. Mencía, *op. cit.*

Sin embargo, las autoridades trataron de impedir los preparativos, y tomaron prisioneros a más de una docena de revolucionarios, incluyendo al líder del movimiento. La actuación de los abogados y la actitud honesta del juez pudieron impedir la deportación de los detenidos. En esos días difíciles, un conjunto de importantes organizaciones dirigió una carta abierta al presidente Adolfo Ruiz Cortines en protesta por los atropellos a que estaban sometidos aquellos imberbes insurgentes.

El Distrito Federal fue escenario de entrevistas y pactos importantes. En agosto de 1956, Fidel y el dirigente estudiantil universitario José Antonio Echevarría firmaron la carta de México, en la cual llegaban a acuerdos de trabajo conjunto para derrocar al tirano, utilizando acciones tácticas diferentes. Posteriormente volvieron a reunirse allí para precisar detalles de aquel pacto. En ese mismo entorno Fidel recibió, en dos ocasiones, al líder santiaguero Frank País, con el que coordinó un plan de apoyo para facilitar su desembarco en Cuba, y también conversó con el militante comunista Flavio Bravo, que, a nombre del Partido Socialista Popular, le pidió que aplazara su llegada para crear mejores condiciones para auxiliarlo en sus objetivos.<sup>13</sup>

Entre 1956 y 1958 la comunidad de exiliados cubanos en México se incrementó de nuevo de manera sorprendente y heterogénea, ya que la dictadura de Batista no escatimaba métodos represivos para detener a sus enemigos, de cualquier tendencia ideológica o política a que pertenecieran. Es por ello que, en tierras mexicanas, se encontraron comunistas, ortodoxos, auténticos, veintiseístas, como: Juan Marinello, Nicolás Guillén, Joaquín Ordoqui, Edith García Buchaca, Lázaro Peña, Roberto Agramonte, Lauro Blanco, Teresa Casuso, Raúl García Peláez, Reynold García, Marco Antonio Irigoyen, Eva Jiménez, Mario Llerena, Pedro Miret, José Miró Cardona, Juan Nuiry, José A. Rabaza, Raúl Roa, José Utrera, Melba Hernández, Enio Leyva, Salvador Vilaseca y las hermanas Castro: Agustina, Emma y Lidia.<sup>14</sup> En 1958 se les sumó otro importante grupo de integrantes del Movimiento 26 de Julio, que estableció buenas relaciones con los comunistas que ya llevaban algún tiempo allí o estaban de manera circunstancial en el país, como: Emilio Aragonés, José Abrantes, Osmin Fernández, José Garcerán, Alfredo Guevara y Osmani Cienfuegos. Algunos de

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> Salvador Morales y Laura de Alizal, *Dictadura, exilio e insurrección*, México, SRE, 1999.

ellos estaban preparando una expedición para llevar armas y hombres a Cuba, lo cual finalmente no se realizó.<sup>15</sup>

Mucha gente humilde en México se preocupaba por los sucesos en Cuba, y unos buscaron la forma de apoyar al movimiento de rebeldía. El 27 de marzo de 1957 Diego Rivera le escribió una carta a Juan Marinello, expresando su protesta por los crímenes de la dictadura y su confianza en las luchas populares.

Por su parte, el máximo jefe del movimiento guerrillero, Fidel Castro, sabedor del ambiente popular mexicano y de la actitud de sus principales líderes y representantes, el 17 de marzo de 1958 envió sendas cartas: una al expresidente Cárdenas, pidiéndole su ayuda para intensificar la solidaridad con los luchadores cubanos; y otra al director del periódico *Excelsior*, mostrando su gratitud por la forma objetiva en que, desde sus páginas, se abordaba el conflicto cubano. Al triunfo de la Revolución, la mayoría de los emigrados regresó a la patria, y el pueblo mexicano los despidió orgulloso y atento de todo el proceso que ocurriría a partir de entonces.

Como hemos visto, los procesos revolucionarios y los exilios de cubanos en México han estado muy relacionados en los primeros sesenta años del siglo XX; al mismo tiempo se han distinguido de manera general con los de otros contextos latinoamericanos en que los expatriados no sólo estaban buscando refugio contra regímenes tiránicos, sino que esencialmente utilizaron sus tiempos de estancias para mantener la rebeldía y organizar ciertamente el regreso a la Isla y la continuidad de la lucha. Para ello pudieron contar, en ocasiones, con importantes hombres políticos y, de manera general y frecuente, con la población humilde mexicana.

<sup>15</sup> Caridad Massón Sena, *En los márgenes de la memoria (Conversando con Edith García Buchaca)* (Inédito).